

LA ESTRATAGEMA

Los compañeros de viaje descendieron sobre la ardiente arena del andén. Era un empalme ferroviario, uno de esos empalmes donde no hay un pueblo en muchas millas a la redonda y cuyos recursos, tanto los del ferrocarril como los de sus inmediaciones, salen mal parados en comparación con los de la estación de cuarentena promedio.

El primero en bajar fue un hombre inconfundiblemente inglés. Se hallaba ya quejándose de la administración mientras, con ayuda de su compañero, sacaba su equipaje de mano del vagón.

—Es positivamente una afrenta a la civilización —decía— que en una estación como ésta, una estación importante, señor mío, permítame decírselo, el eje mismo —si se me permite la metáfora— del ramal que sirve prácticamente a todo Muckshire al sur del Tream, no exista correspondencia alguna. Y, ciertamente, hemos de esperar una hora, y Dios sabe que lo más probable es que sean dos, y quizá tres. Y, por supuesto, no hay siquiera un bar más próximo que Fatloam; y, aunque llegáramos allí, sería una verdadera y palpable vergüenza para el ferrocarril que lo permite, para el país que lo tolera y para la civilización que consiente semejantes cosas. Lo mismo me ocurrió aquí el año pasado, señor, aunque, por fortuna, en

aquella ocasión no tuve que esperar más de media hora. Pero escribí a *The Times* una enérgica carta de media columna sobre el asunto, y maldito sea si no se negaron a publicarla. Claro está, nuestra prensa independiente y demás pamplinas; debí haberlo supuesto. Le digo, señor, que este país está gobernado por una camarilla, una sucia camarilla, una pandilla de judíos, escoceses, irlandeses y galeses... ¿Dónde está el buen y alegre inglés de pura cepa? ¡Al carro, señor, al carro!

El tren dio una convulsiva sacudida hacia atrás y se puso en marcha pesadamente, imitando al único mozo de estación que, apostado frente al furgón del guardafrenos, había contemplado sin emoción cómo dos baúles eran arrojados al andén como rocas expulsadas por un volcán y que, tras un instante de contemplación, con la boca fruncida, se alejó parsimoniosamente por el andén hacia su pitanza, que lo aguardaba en una solitaria casita situada a unas trescientas yardas de distancia.

En marcado contraste con el inglés, cuyo mostacho se extendía como un bosque sobre un rostro blanquecino, marcado por profundos anillos rojizos en el cuello y la frente, con su incipiente tendencia a la corpulencia y su completo arnés de indumentaria, estaba el pequeño y vivaz hombre de barba puntiaguda a quien el destino había arrojado primero

al mismo compartimiento y luego a la misma hora de exilio, apartados ambos del resto de sus semejantes.

Sus ojos eran asombrosamente negros y fieros; su barba estaba entrecana y su rostro, profundamente surcado de arrugas, evidenciaba haber sido abrasado por soles tropicales. Pero aquel semblante expresaba también inteligencia, fortaleza y recursos en un grado que lo habría convertido en el camarada ideal para una empresa desesperada o la defensa de una aldea sitiada. Una gruesa y pesada cicatriz cruzaba el dorso de su mano izquierda.

A pesar de todo ello, vestía con singular pulcritud y corrección; circunstancia que, unida al hecho de que su inglés era más puro que el de su compañero de infortunio, inclinaba secretamente a éste a sospechar que se trataba de un francés. Pese a la sobriedad de su indumentaria y al aplomo de su porte, el sombrío fulgor de aquellos ojos negros, diminutos puntos bajo unas pobladas cejas, inspiraba en el hombre corpulento cierta inquietud. «No es, en absoluto, un individuo con quien uno quisiera enemistarse», pensó. Sin embargo, siendo él mismo un hombre de vastos viajes —Boulogne, Dieppe, París, Suiza e incluso Venecia—, carecía de aquella insularidad de la que los extranjeros acusan a algunos ingleses, y había procurado entablar conversación durante el trayecto. El hombrecillo había resultado un pobre compañero: taciturno hasta el extremo, tan parco en palabras que

reservaba éstas para los casos en que un movimiento de cabeza bastaría para satisfacer las exigencias de la cortesía, y aparentemente más aficionado a su pipa que a sus semejantes. «Un hombre con un secreto», pensó el inglés.

El tren había abandonado la estación dando tumbos y el mozo ferroviario se había desvanecido en el paisaje.

—Un paraje desolado —observó el inglés, cuyo nombre era Bevan—, sobre todo con este calor espantoso. En verdad, durante el verano de 1911 no era tan insoportable. ¿Sabe usted? Recuerdo una vez, en Boulogne...

Se interrumpió bruscamente, pues el hombre moreno, hundiendo repetidas veces el regatón de su bastón en la arena y frunciendo el entrecejo, pareció llegar de pronto a una decisión.

—¿Qué sabe usted del calor? —exclamó, clavando en Bevan una mirada de intensidad demoníaca—. ¿Qué sabe usted de la desolación?

Desconcertado, como no podía ser de otro modo, Bevan no supo qué responder.

—¡Espere! —prosiguió el otro—. ¿Y si le contara mi historia? No hay aquí nadie más que nosotros.

Lo miró con aire amenazador, como si pretendiera leerle el alma.

—¿Es usted un hombre digno de confianza? — preguntó secamente, interrumpiéndose acto seguido.

En cualquier otra circunstancia, Bevan habría declinado con toda seguridad convertirse en el confidente de un desconocido; pero la soledad del lugar, el calor, el no poco aburrimiento que le había producido hasta entonces la actitud de su compañero, e incluso cierta desconfianza acerca de cómo podría éste tomar una negativa, se combinaron para arrancarle una respuesta favorable.

Erguido como un roble, Bevan respondió:

—Nací siendo un caballero inglés y confío en no haber hecho jamás nada que menoscabe tal condición.

Tras una breve pausa añadió:

—Soy Juez de Paz.

—¡Lo sabía! —exclamó el otro, excitado—. Una mente jurídica bien formada es, entre todas las demás, la más capacitada para apreciar mi historia. Júreme, pues —prosiguió con súbita gravedad—, júreme que jamás susurrará a alma viviente alguna la menor palabra de cuanto estoy a punto de revelarle. Júrelo por el alma de su difunta madre.

—Mi madre vive —replicó Bevan.

—¡Lo sabía! —exclamó su compañero, mientras una extraña y magnífica expresión de piedad casi divina iluminaba su rostro curtido por el sol. Era una

SU PECADO SECRETO

Dedicado con admiración a Alexander Coote.

THEODORE BUGG había hecho de Inglaterra lo que Inglaterra era. Los últimos cuarenta y dos años lo habían elevado desde mozo de los recados hasta convertirse en el mayor comerciante minorista de ultramarinos de las Midlands. Veintiocho años de feliz matrimonio le habían dejado una conciencia tranquila, una tumba de cinco años que mantener en buen estado —«A la memoria de mi amada y difunta esposa», como había hecho grabar hasta que el empleado le sugirió una ligera modificación— y una robusta hija que acababa de cumplir veinte años.

¡Cómo quisiera poder detenerme aquí! Pero todo lienzo tiene su reverso áspero, y Theodore Bugg había olvidado por completo a Inglaterra, lo que ésta era y cómo él la había hecho tal como era. O, si la buena obra continuaba, era ya de manera subconsciente. Se encontraba de pie junto a la estatua dorada de Juana de Arco, con la boca abierta y su *Baedeker* colgando lánguidamente de la mano empapada en sudor.

—¡Va montada a horcajadas!

Una locura incandescente palpitaba en su cerebro.

—¡Lleva ropa de hombre!

La espantosa verdad debe ser revelada: ¡Theodore Bugg había venido a París en busca de placer!

Sólo había podido disponer de dos días, el domingo y el lunes de Pentecostés. Había viajado en el barco nocturno el sábado, llegando a París el domingo por la mañana: ¡el primer paso hacia la perdición!

El aire de París lo embriagó; los Grandes Bulevares corroían su fibra moral como un dragón masticando mantequilla; y, aunque en realidad no había «entrado» en ningún establecimiento, percibía la atmósfera de los music-halls del mismo modo que Ulises escuchó el canto de las Sirenas. Por fortuna, permanecía atado al mástil de su ignorancia del francés y de su temor a preguntar a alguien una cuestión tan singular; de lo contrario, habría descubierto sin duda el Moulin Rouge y lo habría visitado.

Tal como estaban las cosas, Juana de Arco era ya mucho más de lo que convenía a su salud moral. La contemplaba fascinado, como si hubiese caído bajo el hechizo de un basilisco, mientras sus ojos parecían salirse cada vez más de las órbitas y su sentido moral arrastraba su cuerpo hacia atrás por la Rue de Rivoli. De este modo chocó violentamente con un digno francés (que se negó a tomarlo en serio) y el sobresalto lo devolvió a la realidad.

Sacó el reloj del bolsillo. Apenas le quedaba una hora y media para tomar el tren. Y precisamente ahora que empezaba a divertirse. ¡Qué lástima! Ni siquiera podía enviar un telegrama sin que alguien supiese dónde se encontraba, y en su casa creían que estaba visitando a un conocido de negocios en Shropshire.

«Me llevaré un recuerdo, aunque me cueste la vida», pensó. «¡Lo haré!... ¡Qué diablos! Lo mismo da que lo ahorquen a uno por un cordero que por una oveja. ¡Voy a echar el resto! Sé que por aquí debe de haber tiendas.»

Así pues, al volverse, excitado y resuelto —cuando uno invoca al diablo, por lo general ya viene de camino— vio un escaparate lleno de fotografías de cuadros y esculturas del Louvre. Miró calle arriba y calle abajo; la visión de un sombrero de copa podría haberlo salvado incluso en el último instante. Pero ¡no! No había nada que se pareciera siquiera remotamente a un inglés, ni aun para su recalentado temor a ser descubierto. Durante unos momentos se asomó y se ocultó con cautela, como un cazador que acecha una pieza peligrosa, y luego, con repentina furtividad, volvió la espalda a la puerta, bajó el picaporte y se deslizó al interior de la tienda.

—¡Avvy-vú fotografiés? —preguntó apresuradamente, apartando el rostro.

—Desde luego, señor —respondió el comerciante en un inglés perfecto—. ¿Qué desea monsieur? ¿Fotografías de París, de Fontainebleau, del Louvre o de Versailles?

Pero el inglés no le servía en absoluto a Theodore Bugg. Estuvo a punto de salir huyendo de la tienda. ¡Una voz inglesa! ¡Aquello era casi el Descubrimiento!

—¡Kerker shós! —murmuró obstinadamente, aunque con la cabeza más gacha que nunca—. ¡Kelker shós tray sho! ¿Vú saví? ¡Tray tray sho!... ¡Par propre!

El dependiente, que aún no tenía edad suficiente para dominar su disgusto ante un incidente tan familiar, le acercó varios álbumes de fotografías.

—Quizá monsieur encuentre ahí lo que busca —dijo fríamente.

Furtivamente y con apresuramiento, repartiendo sus miradas entre el libro prohibido y la puerta de la tienda, protegido únicamente por el pensamiento de que nadie que entrase se hallaría en condiciones de arrojar piedras contra un compañero de culpa, Theodore Bugg comenzó a pasar las páginas.

El álbum empezaba con bastante inocencia, con la Victoria Alada, y sólo entraba en aguas turbulentas con la Gioconda. A partir de ahí, como las cataratas del Niágara precipitándose en el abismo, llegaba la Venus de Milo.

La sangre le abrasó el rostro; su respiración se hizo rápida y entrecortada.

Con dedos torpes, que temblaban de excitación, sacó la fotografía de la hoja que la contenía y, mostrándosela a medias al propietario, susurró:

—¿Comby-ang?

—Trente sous —respondió el dependiente en el francés más atropellado que pudo articular.

Y añadió en perfecto inglés:

—Aceptamos moneda inglesa, señor; diez chelines, si tiene la bondad. ¿Desea que se la envuelva?

Pero Bugg ya la había guardado en el bolsillo interior de su chaqueta y, poniendo una libra de oro en la mano del comerciante, salió precipitadamente de la tienda sin volver la vista atrás, ansioso por poner tiempo y distancia entre él y su comprometida situación.

Se dirigió apresuradamente a su hotel, no sin lanzar frecuentes y recelosas miradas por encima del hombro, y preparó su equipaje. Le sobraban aún diez minutos. Cerró cuidadosamente la puerta con llave, se sentó de espaldas a la luz y, sacando la fotografía del bolsillo, se entregó durante un largo rato a la voluptuosa contemplación de su tesoro.

Entonces llamaron a la puerta los *boots* del hotel para anunciarle que su coche estaba esperando, y Bugg,

EL TESTAMENTO DE MAGDALEN BLAIR

Primera Parte

I

En mi tercer trimestre en Newnham ya era la alumna predilecta del profesor Blair. Más tarde, desperdició no poco tiempo elogiando mi esbelta figura y mi rostro pícaro, con sus grandes ojos grises y redondos enmarcados por largas pestañas negras; pero la primera atracción fue mi singular don.

Pocos hombres y, creo, ninguna otra mujer, podían compararse conmigo en una de las máspreciadas cualidades para el estudio científico: la facultad de percibir las diferencias más minúsculas.

Mi memoria era deficiente, extraordinariamente deficiente. Me costó enormes esfuerzos conseguir siquiera ser admitida en Cambridge. Pero podía ajustar un micrómetro mejor que cualquiera de los estudiantes e incluso mejor que el propio profesor, y leer un nonio con una exactitud a la que ninguno de ellos podía siquiera aspirar. A ello se sumaba una facultad de cálculo subconsciente verdaderamente inquietante. Si me hallaba, por ejemplo, manteniendo

una solución entre los 70° y los 80°, no tenía necesidad de vigilar el termómetro. Automáticamente advertía que el mercurio se aproximaba al límite y, sin pensarlo, abandonaba el trabajo que tuviese entre manos para corregirlo.

Más notable aún: si algún objeto era colocado sobre mi mesa de trabajo sin mi conocimiento y retirado poco después, podía, si se me preguntaba dentro de los minutos siguientes, describirlo de manera aproximada, distinguiendo en particular la forma de su base y el grado en que era opaco al calor y a la luz. A partir de esos datos podía formular una conjetura bastante acertada acerca de la naturaleza del objeto.

Esta facultad mía fue puesta a prueba en repetidas ocasiones y siempre con éxito. Su causa evidente era una sensibilidad extrema a las más sutiles variaciones del calor.

También era extraordinariamente hábil para leer el pensamiento, incluso en aquella época. Las demás muchachas me temían profundamente. No tenían motivo para ello; carecía tanto de la ambición como de la energía necesarias para hacer uso de mis facultades.

Incluso ahora, cuando traigo a la humanidad este mensaje de una condenación tan espantosa que, a la edad de veinticuatro años, me he convertido en una

ruina marchita, devastada y consumida, me siento supremamente cansada, supremamente indiferente.

Tengo el corazón de una niña y la conciencia de Satanás; la letargia de una enfermedad cuyo nombre ignoro; y, sin embargo, gracias... ¡oh!, ¡no puede haber Dios alguno!... poseo aún la resolución necesaria para advertir a la humanidad que siga mi ejemplo y, acto seguido, hacer estallar un cartucho de dinamita dentro de mi boca.

II

En mi tercer año en Newnham pasaba cuatro horas diarias en casa del profesor Blair. Todo mi trabajo restante era descuidado o realizado mecánicamente, cuando es que llegaba a realizarlo. Aquello sucedió de manera gradual, como consecuencia de un accidente.

El laboratorio de química consta de dos salas, una de ellas pequeña y susceptible de ser oscurecida por completo. En aquella ocasión (durante el trimestre de mayo de mi segundo año), dicha sala estaba siendo utilizada. Era la primera semana de junio y hacía un tiempo magnífico. La puerta estaba cerrada. Dentro se encontraba una joven, sola, realizando experimentos con el galvanómetro.

Yo estaba absorta en mi propio trabajo. Sin previo aviso levanté la vista.

—¡Rápido! —exclamé—. ¡Gladys va a desmayarse!

Todos los presentes en el laboratorio me miraron estupefactos. Había dado apenas una docena de pasos hacia la puerta cuando el ruido de un cuerpo pesado al desplomarse sumió el laboratorio en una auténtica histeria.

No había sido más que el calor y la atmósfera sofocante del cuarto; Gladys no debería haber acudido a trabajar aquel día. Fue reanimada con facilidad y, una vez recuperada, el ayudante de laboratorio terminó por resignarse a la anarquía que siguió al incidente.

—¿Cómo lo supo?— era la pregunta que todos formulaban, pues que yo lo había sabido era evidente.

Ada Brown (*Athanasia contra mundum*) desestimó todo el asunto con un gesto de desprecio. Margaret Letchmere opinó que debía de haber oído algo, quizá un grito imperceptible para los demás, demasiado absortos en su trabajo. Doris Leslie habló de la segunda vista y Amy Gore de la «simpatía». Todas las teorías posibles desfilaron sucesivamente por el círculo de las conjeturas.

El profesor Blair entró en el laboratorio en el momento de mayor excitación de la discusión, restableció el orden en dos minutos, obtuvo los hechos en cinco y me invitó a cenar en su casa.

—Creo que todo esto tiene relación con esa especie de termopila humana que posee usted —dijo—. ¿Le importaría que, después de cenar, hiciésemos algunos experimentos de salón?

Su tía, que se ocupaba de la casa, protestó en vano y fue nombrada Gran Superintendente Ordinaria de mis cinco sentidos.

Lo primero que se examinó fue mi oído, que resultó ser normal, o aproximadamente normal. Después me vendaron los ojos y la tía se colocó entre el profesor y yo, como medida adicional de precaución.

Descubrí que era capaz de describir incluso los movimientos más pequeños que él realizaba mientras permaneciese entre yo y la ventana occidental, pero que no podía percibir absolutamente nada cuando se desplazaba hacia cualquier otra parte de la habitación. Este hecho concordaba con la teoría de la «termopila», aunque fue contradicho por completo en otras ocasiones.

Los resultados fueron, en suma, tan notables como desconcertantes, y desperdiciamos dos preciosas horas entregados a inútiles especulaciones teóricas.

Finalmente, la tía —intimidada por una imponente mirada de desaprobación del profesor— me invitó a pasar las vacaciones largas de verano en Cornualles.

Durante aquellos meses, el profesor y yo trabajamos con gran diligencia para descubrir la naturaleza exacta y los límites de mis facultades. El resultado fue, en cierto sentido, nulo.

Por una parte, aquellas facultades parecían «manifestarse siempre por un nuevo conducto». Todo cuanto hacía parecía depender de mi capacidad para percibir diferencias infinitesimales; pero, al mismo tiempo, era como si dispusiera de toda clase de órganos sensoriales diferentes.

—Cuando conseguimos comprender una, aparece otra —solía decir el profesor Blair.

Quienes jamás han realizado experimentos científicos no pueden concebir cuán numerosas y sutiles son las fuentes de error incluso en las cuestiones más sencillas. En un campo de investigación tan oscuro y novedoso, ningún resultado merece confianza hasta haber sido verificado mil veces. En nuestro campo de estudio no descubrimos constantes: sólo variables.

Aunque habíamos reunido centenares de hechos, cualquiera de los cuales parecía capaz de derribar las teorías aceptadas acerca de los medios de comunicación entre una mente y otra, no poseíamos absolutamente nada que pudiera servirnos como fundamento para una nueva teoría.

Resulta naturalmente imposible ofrecer siquiera un bosquejo del desarrollo de nuestras investigaciones.